

¡Castigo de Dios!

(Santiago 1:17).

Son muchas las gentes que creen que es Dios el causante de todos los males que les acontece. Pero el pasaje anterior deja bien claro que esto no es así.

¿Quien puede estar interesado en fomentar esta idea para que creamos esto?. La respuesta es bien sencilla: El verdadero causante de todos nuestros males: el diablo.

El desea que le atribuyamos a Dios la causa de nuestras desgracias que él mismo provoca ya que de esa manera queda libre de la atención del ser humano para seguir engañándole y haciendo de las suyas.

Jesús afirmo: *“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. así que por sus frutos los conoceréis”.* (Mateo 7:16-20).

Dios no desea nuestro hambre, por eso creo las semillas y las plantas que usamos para comer. Dios no desea nuestra enfermedad, por ello nos creo sanos y preparados para vivir eternamente. ¿Porque pues pasamos hambre y enfermamos? ¿Cuando empezaron estas cosas a suceder?. La Biblia enseña que fue cuando Satanás irrumpió en nuestro hermoso mundo y nos puso contra la voluntad de Dios. Allí comenzaron todos nuestros males. El es el origen y la causa de todas nuestras desgracias. Aunque no debemos ignorar nuestra responsabilidad.

Aun así Dios se nos revela como nuestro Proveedor y nuestro Sanador, y algo aun mejor, como nuestro Salvador. Aquel que puede librarnos de toda condenación eterna. La misma que merecen nuestra vida de pecado.

Si lo malo procediese como fruto de la voluntad “activa” de Dios, ¿que nos quedaría? ¿A quien podríamos recurrir en nuestros momentos de angustia? ¿Donde estaría nuestra esperanza?

¿Acudiríamos al diablo para que nos librase de Dios? Esto es lo que muchos están haciendo locamente en nuestros días. Piensan que del diablo podrán obtener mejor vida y beneficios que de Dios. Esto es una locura.

Otros en cambio recurren al método del avestruz de: “Esconder la cabeza”. Es decir, vivir como si no existiese ni Dios ni diablo, pretendiendo de esa manera librarse de tener que dar cuentas a nadie por sus actos. Pero, cerrar los ojos evitara que nos estrellemos?. ¿Tiene esto sentido?

Es cierto que una religión mal entendida nos ha hecho creer que Dios es un juez severo dispuesto a castigar a todo aquel que haga mal. ¿Es esto cierto?. ¡Si!, y mentiría si dijera que no. Pero esto solo es una parte de la verdad y enfatizarla ignorando el resto, nos convertiría en una SECTA. La verdad es mucho mas amplia.

“Porque de tal manera amo Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Ante este hecho, podemos seguir con nuestras viejas ideas acerca de Dios, o por el contrario, podemos acercarnos a los Evangelios y tratar de conocerlo como realmente es. Con toda seguridad, te sorprenderá. A mí me sorprendió, y cada día, desde hace ya casi veinte años no ha dejado de sorprenderme a cada momento.

Cuando el Hijo de Dios fue llevado ante Pilato, este pregunto a la multitud: “¿Que, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos dijeron: ¡Sea crucificado!.” (Mateo 27:22).

Tu puedes continuar apoyándote en la sin “razon” de la “mayoría”, o puedes enfrentarse a tu propio destino y tomar una decisión por ti mismo. ¿Que harás, pues, de Jesús llamado el Cristo?. ¿Le seguirás culpando de todos tus males, o afrontarás tu propia responsabilidad a la hora de tomar decisiones?. ¿Continuaras escondido tras la multitud que anhela la muerte de Dios, para no tener que dar cuentas; o aceptarás que vive y querrás conocerlo?. Porque no tienes excusas: “Porque lo que de Dios se conoce te es manifiesto, pues Dios te lo manifestó. Por que las cosas invisibles de El, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienes excusa.” (Romanos 1:19-22).

Nicolás García